

Cuando la vehemencia de la emoción no arrancaba lágrimas á los ojos ni ayes al pecho, con medias palabras y expresivos ademanes decía que amaba á Valentina con la fuerza de todos los cariños. Llamábala amiga, madre, hija, esposa, y añadía, llorando tiernamente: todo, todo es para mí.

Así endulzó la angelical esposa la desgracia del hombre amado, desgracia que él mismo se buscó y trocó en perpétuo amor la misericordia. Cuando Vicente cerró para siempre los ojos del cuerpo para abrir los del alma, ante la luz que nunca muere, el último rayo de la mirada del agonizante fué para la que amó con la fuerza de todos los amores juntos.



JUSTICIA Y MISERICORDIA.

I.

No lejos de una cadena de montañas, ramal de la Sierramadre, en el Partido de Valparaíso, del Estado de Zacatecas, levantan los vetustos muros algunas casas y el templo que forman el casco de la hacienda que antaño fué del Conde X, quien heredó de sus antepasados, además del nobiliario título, vastas y productivas fincas rústicas. Era el señor Conde, de retraído carácter y algo excéntrico; pero ni el retraimiento, ni las excentricidades fueron obstáculo para que sintiese latir el corazón por Eusebia, joven ranchera, hija del caballero. El enamorado pensó que sería ridículo desatino que un vástago de ilustre prosapia se uniese en matrimonio con aquella muchacha, guapa de verdad, y tras de la cual corrían desalados

los jóvenes rancheros, requebrándola de amores; pero la belleza de la niña era espuela de su codicia, y aunque coqueteaba con sus galanteadores, á nadie entregó su corazón. ¿Qué vida iba á ser la suya con aquellos pobretes que trabajaban desde el primer albor de la aurora hasta el último del vespertino crepúsculo para comer tortillas y frijoles? No, Eusebia era codiciosa, ansiaba tener comodidades y riquezas y ser gran señora, como algunas que había conocido en la ciudad de Zacatecas, la única vez que estuvo en ella. Refería entusiasmada cuanto había visto y oído y cuanto le había fascinado, y sus amigas, la mayor parte de las cuales no conocían más tierra que los extensos laborios de la hacienda, escuchaban atentas las pintorescas narraciones de la joven, cuya imaginación era viva y fecunda.

El padre de Eusebia estaba encargado de las caballerizas de la casa grande, y cuidaba con esmero los soberbios caballos del Conde y de tarde en tarde iba la joven á ver á su padre.

No tardó aquélla en comprender que su peregrina hermosura había cautivado al amo, pues los negros ojos de éste clavábanse en la hija del caballero con pertinacia de enamorado, y la vanidad sopló en aquella cabecita hueca hasta en-

loquecerla, y la que se hubiera avergonzado de dar la mano de esposa á un hombre pobre, pero honrado y trabajador, se enorgullecía hoy de ser la manceba del Conde. Los padres de Eusebia no solo consentían en los criminales amores de su hija, sino que se ufanaban de ellos. ¿A tanto alcanza el corruptor prestigio de la riqueza!

II.

Eusebia ocupó la mejor finca de la hacienda; después de la casa grande. Eran satisfechos hasta sus menores caprichos, y la prosperidad y la abundancia amortiguaron los remordimientos. Sus antiguas amigas, que al principio mirábanla de reojo, acabaron por adularla como señora del amo, y no faltaron entre ellas, quienes envidiaran la suerte de su amiga. El Conde la visitaba con frecuencia, y aun era más breve que de costumbre su ausencia, cuando necesitaba ir á las estancias ó recorrer las labores.

El tiempo, el trato y el hábito, afirmaron la criminal amistad del Conde y de su concubina y cubrieron la fealdad del escándalo, que no impresionaba ya á las familias de la hacienda.

En una de las correrías del Conde por

sus dominios, llegó al obscurecer á una estancia, donde por orden suya se había reunido mucho ganado mayor para los herraderos. Llegó algo fatigado, apeóse de su brioso alazán, dió las riendas á su mozo de campo, y en la sala de la única finca de la estancia, tomó con apetito una taza de chocolate, y quedóse solo, pues ordinariamente gustábale la soledad. Soplabá viento frío y levantóse para emparejar la puerta, mas detúvose espantado, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, erizado el cabello y el rostro descompuesto y lívido por el pánico. Vió á Eusebia pasar por enfrente de la casa, en vertiginosa carrera, como arrastrada por gigantesca fuerza, con la desesperación pintada en el semblante, ardiendo en vivísimas llamas, y parecióle oír ruido de pesadas cadenas.

Cuando la visión desapareció y húbose recobrado un tanto, enjugóse con su pañuelo de seda el frío sudor que inundaba su frente, y pensó si lo que acababa de ver era realidad ó alucinación de la fantasía. Trémulo aún, ordenó al mozo de campo que montase en el brioso alazán, fuera á la hacienda á todo correr y le trajese noticias de Eusebia.

Entretanto, agitado y nervioso, no pudo ni recostarse en la cama que se le ha-

tía preparado; ora en pie, ora sentado ora dando vueltas en la pieza y con la vista clavada en el suelo, no apartaba su mente de la aterradora visión.

Cerca de la media noche regresó el emisario.

—¿Qué hay? preguntó el Conde con ansiedad.

—La señora del amo, respondió el mozo, ha muerto repentinamente hoy, al obscurecer.

III.

Allá, en lo más espeso del pinar de la sierra, donde la naturaleza ostenta el esplendor de su pristina hermosura, de rodillas, ante una cruz de madera que eleva los brazos junto á una cueva, hállase el Conde, abstraído en profunda oración. El cabello sin aliño, la faz descolorida y rugosa, la barba crecida y enmarañada y el humilde traje de jerga, averiado por el uso y la intemperie. El viento que murmura en las copas de los altos pinos y de los añejos robles, el arroyo que serpenteando baja de la montaña, y el gorjeo de las aves, son los únicos rumores, y no logran dominar el solemne silencio de la soledad.

Cuánto ha cambiado el Conde! En su

semblante pintase la austeridad, y la humilde actitud de hoy contrasta con la altivez de otros días. En la hacienda hay un Administrador y el antiguo amo baja de la sierra los domingos y días de fiesta religiosa, muy de madrugada; oye el santo sacrificio de la misa, de vez en cuando recibe el pan de los ángeles, proveese de los necesarios alimentos y vuelve á la sierra, donde se consagra á continua oración y penitencia.

Así vivió muchos años y murió en olor de santidad. Esta tradición ha pasado de una á otra generación, y en la hacienda las madres refiérenla á sus hijas como ejemplo de la justicia y misericordia divina.

INDICE

	Pags.
En terreno vedado.	5
El vals del diablo.	14
Cadenas de oro.	21
El amigo verdadero.	40
Medicina de patente.	49
La campana de mi pueblo.	61
La primera navaja del pueblo.	76
El fallo de San Antonio.	83
Tál para cuál.	90
Si Dios quiere.	101
Por la dicha ajena.	105
Muerto en vida.	113
Palabra de honor.	123
Un caso de posesión demoniaca.	130
Regreso de la dicha.	139
"El Diablo Rojo".	150
¿Qué es una mina?.	168
Pacto tremendo.	172
Por el ideal.	177
El escondite de la desposada.	183
La escuela de la desgracia.	190
La voz del muerto.	198